

# Los Reyes del Quirinal

RAMIRO CRISTOBAL

La clase política italiana tiene un juego favorito. Es una especie de "Mah jong" político, sólo apto para gente de primera fila. Cada siete años —o antes si espera peligro de muerte o se ha de retirar— hay que colocar a un nuevo señor en su trono del Quirinal, lugar en donde, desde la proclamación de la República italiana en 1946, reside el Presidente de la nación.

**E**L presidente del Consejo de Ministros viene ya muy condicionado por los resultados electorales en las legislativas correspondientes; los de las Cámaras son objeto también de una buena cantidad de intrigas políticas entre amigos circunstanciales, aliados efímeros y cordiales enemigos, pero, en definitiva, nunca merecen demasiado la pena: son cargos de muy relativa relevancia. El Jefe del Estado sí merece, como suele decirse, echar toda la carne en el asador. Su influencia, como demuestra la reciente historia de Italia, no es despreciable. Por eso, en estos ritos periódicos del dragón, la luna y el conejo, hay gran profusión de bengalas y cohetaría y sale a relucir gran parte de las virtudes y contravirtudes que suelen atribuirse al pueblo italiano, desde el desgarrado romano, hasta la finura florentina, pasando por la espontaneidad meridional y el sentido de los negocios de vénetos y lombardos. Hay, en fin, una auténtica lucha a muerte entre los grupos de presión política.

Los Presidentes en Italia son el parto —difícil, trabajoso— de las coaliciones en el poder, de la política imperante en el país y de las relaciones y dependencias internacionales. Luego, lo más probable es que estas relaciones de poder cambien o al menos basculen a uno u otro lado y el Presidente, mimado en otro tiempo, pase a ser una figura molesta y hasta peligrosa. Así, se le prepara una honrosa salida, se encarga un discurso de agradecimiento a un diputado con labia —y no culpariante, que diría Víctor Márquez— y se piensa en su sustitución en el tiempo preceptivo.

A su vez, la labor del Presi-

dente consiste en hacer todo lo posible para que la política se mantenga en situación favorable a sus intereses, de tal modo que cuando haya terminado su septenio, tan laboriosamente logrado, pueda conseguir un reenganche de chusco e intendencia. Hasta ahora mismo lo ha conseguido y es difícil de pensar que el recientemente nombrado Perti-

ni, con sus ochenta y nueve años a costas cuando culmine el mandato tenga fuelle para algo más que para retirarse a su casa a recordar vagamente sus años de luchador antifascista.

### Monárquicos sin Rey

Enrico de Nicola, primer Presidente de la República italiana,



Giovanni Leone con donna Vittoria: símbolo del enorme poder y la enorme corrupción de la DC.



Enrico de Nicola.

era un finísimo caballero, monárquico ferviente, pero de talante liberal, que se inventaron los tres hombres fuertes del momento. En 1946, De Gasperi, líder de la Democracia Cristiana; Nenni, del Partido Socialista, y Togliatti, del Comunista, se reunieron en el palacio del Viminal y decidieron que De Nicola era la persona adecuada. En primer lugar, por su condición de monárquico, lo cual hacía como más suave la transición de la monarquía hacia la República; además se esperaba que este nombramiento calmase a sus correligionarios que hasta habían querido dar un golpe de Estado ayudados por el almirante norteamericano Stone. Después, por su talante independiente de las tres agrupaciones políticas base y, por último, por su condición de napolitano, ya que la Democracia Cristiana consideraba fundamental que el Jefe del Estado fuera del Sur, ya que "el presidente del Consejo era tridentino y el de la Asamblea, piomontés".

De Nicola tenía una vena tan aristocrática que normalmente no comparecía por sí mismo en las Cámaras, ni en el despacho del jefe de Gobierno, sino que mandaba a un hombre de confianza con una nota. Si le presionaban mucho se encerraba en su residencia de Torre del Greco y decía que estaba enfermo. De Gasperi intentó, inútilmente, tener conversaciones "privadas" con el Presidente, que siempre se valió de estos subterfugios. Ni siquiera quiso salir a dar las gracias a los americanos por la concesión del Plan Marshall. Lo consideró rebajar la dignidad de su alto cargo representativo.

Luigi Einaudi, el economista liberal que sucedió a De Nicola,



Luigi Einaudi.



Giovanni Gronchi.



Antonio Segni.



Giuseppe Saragat.

ya era otra cosa, aunque compartía con su predecesor las simpatías monárquicas. Einaudi fue impuesto por la izquierda sólo para fastidiar la candidatura de De Gasperi a favor de su ministro de Asuntos Exteriores, Sforza. Por lo menos Einaudi pertenecía al Partido Liberal y estaba un poco más fuera de la órbita del poderoso "capo" de la DC. No es que no se supiera su carácter reaccionario —mucho más que De Nicola—, pero entre dos males se creyó elegir el menor.

Sin duda, se pasaron. Einaudi llevó adelante una política tan de derechas que al final incluso la Democracia Cristiana, salvo sus alas más ultras, estaba fuera de lugar. Sólo los monárquicos y los fascistas estaban en buena situación y casi se preveía una nueva coalición de mayoría entre la DC y los partidos de la ultraderecha. De Gasperi, que durante su elección había dicho, encolerizado, a sus diputados "menos aplausos y más votos", tuvo tiempo de arrepentirse.

### Las dos corrientes de la DC

También Giovanni Gronchi, líder del ala izquierda de la Democracia Cristiana, salió de rebote. El nuevo hombre fuerte del partido, Amintore Fanfani, intentó imponer a alguno de sus protegidos, primero Merzagora y luego Segni, y el resultado fue la cerrada oposición de la izquierda, por una parte, y de la extrema derecha, por otra, que, claro está, quería la reelección de su padrino Einaudi. Fanfani vio cómo se le iban acabando las posibilidades de sacar a su hombre y al final, compungido, dio orden a los suyos de votar por Gronchi. Al fin todo se quedaba en casa.

Claro que lo que ocurrió fue que Gronchi dio la vuelta a la situación y fue empujando el centro de gravedad de su partido hasta colocarlo en una tesitura absolutamente contraria a la



Sandro Pertini: siete años por delante.

que había dejado Einaudi. Por último, Fanfani, a principio de los años sesenta, tuvo que acceder a un centro-sinistra con los socialistas, como única forma de aislar al peligroso PCI.

Pronto hubo una reacción dentro de la DC. Los llamados "dorotei", contestatarios de Fanfani desde la derecha, lograron imponer a uno de sus hombres en las elecciones de 1962. Antonio Segni se esforzó lo posible por devolver su antiguo poder a la derecha de su partido, pero hubo de abandonar, por cuestiones de salud, solamente dos años más tarde.

### Los buenos oficios de Saragat

Saragat siempre había ofrecido su persona para resolver las crisis. Tenía, sin embargo, los problemas de los socialdemócratas: demasiado derecha para unos y excesivamente izquierdista para otros. No obstante, cuando Segni hubo de retirarse, las corrientes internas de la DC estaban tan enfrentadas que se recurrió a Saragat como solución de compromiso.

Además, Giuseppe Saragat mantenía una conveniente simpatía hacia los Estados Unidos, que comenzaban entonces su intervención en Indochina y que estaban necesitados de voces lo menos críticas posibles en Europa. El Vaticano —y su filial política, la DC—, renovado, ofrecía menos garantías de silencio ante la política imperialista USA. Saragat, por supuesto, cumplió con lo que se le pedía: fue buen mu-

chacho en lo que concierne a los intereses americanos y llevó a cabo una acción abiertamente anticomunista.

### De nuevo la DC

Leone, el Presidente recientemente dimitido, es el símbolo del enorme poder y de la enorme corrupción de su partido. Fue también el político que llegó, a partir de la enorme decepción causada, en las izquierdas por la actuación de Saragat. Con la obstinación de la defensa desesperada, Leone se empeñó en cerrar todas las puertas a la colaboración, favoreciendo, uno tras otro, gobiernos monocolor de efímera existencia. Las elecciones legislativas de 1976, que dieron un momentáneo respiro a la DC, le permitieron continuar un tiempo más en el poder. Al menos hasta que el escándalo de la Lockheed le envolvió en su trama de millones mal ganados.

De todas formas, Leone estaba ya sentenciado por la corriente renovadora del partido y particularmente por Benigno Zaccagnini, que desea, con todas sus fuerzas, limpiar la fachada de la DC de corruptelas demasiado visibles y evidentes. Por eso ha apoyado, una vez más, entrar en tierra de nadie, eligiendo a un anciano y prestigioso socialista antes que a un miembro de la DC. Como su maestro De Gasperi en otros tiempos, ha preferido, sin duda, hacer menos ostentación del poder de su partido ante un electorado que cada día está más cansado de la dictadura "democrática" de un solo grupo político.

Pertini, más militante que maquiavélico, más polemizador que flexible, tiene por delante siete años que pueden resultar insólitos. ■ R. C.

## Los Presidentes de Italia

Enrico de Nicola, monárquico independiente. 1946-1948.  
Luigi Einaudi, liberal-monárquico. 1948-1955.  
Giovanni Gronchi, demócrata cristiano. 1955-1962.  
Antonio Segni, Demócrata cristiano. 1962-1964.  
Giuseppe Saragat, Socialdemócrata. 1964-1971.  
Giovanni Leone, Demócrata cristiano. 1971-1978.  
Alessandro Pertini, Socialista. 1978.